

— Yo paso, — dijo, — que es lo más importante; — vos, Mayneville, tratad de hacer lo mismo por cualquier medio.

— No está todo en que vos paséis, respondió el caballero; es preciso que él os vea.

— ¡ Oh ! tranquilizaos; en el momento en que haya pasado esta puerta me verá.

— No olvidéis la seña convenida.

— Dos dedos sobre la boca, ¿ no es verdad ?

— Sí, ahora ¡ que Dios os proteja !

— Y bien, — dijo el que montaba el caballo negro, — señor paje, ¿ nos decidimos ?

— Aquí estoy, señor, — respondió el joven, y saltó ligeramente á la grupa detrás de su compañero, quien fué á incorporarse á los otros cinco privilegiados, que se hallaban ocupados en exhibir sus pases y justificar sus derechos.

— ¡ Cuerpo de Crispo ! — exclamó Roberto Briquet, que los había seguido con la vista, — ¡ el diablo me lleve si no es un convoy de gascones !

III.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

La revista.

El examen que debían sufrir los seis privilegiados que hemos visto salir de entre las filas del pueblo, para acercarse á la puerta, no era muy largo, ni muy complicado.

Reduciase á sacar una mitad de tarjeta de su bolsillo y presentarla al oficial, el cual la comparaba con otra mitad, y si uniendo las dos mitades se encajonaban y formaban un todo, quedaban establecidos los derechos del portador del pase.

29993

El gascón de la cabeza desnuda era el primero que se había acercado, y por consiguiente principió por él la revista.

— ¿El nombre de usted? — preguntó el oficial.

— ¿Mi nombre? señor oficial, está escrito en la tarjeta, en la cual aun verá usted otra cosa.

— ¡No importa! ¿El nombre de usted? — repuso el oficial con impaciencia, — ¿no sabe usted su nombre?

— Sí tal, lo sé ¡cuerpo de Crispo! Y aun cuando yo lo hubiese olvidado, me lo podría usted decir, puesto que somos compatriotas, y hasta primos.

— ¿Vuestro nombre, con mil diablos? ¿Cree usted que tengo yo tiempo para andar en reconocimientos?

— Está bien. Me llamó Perducas de Pincornay.

— Perducas de Pincornay, — repuso el señor de Loignac, á quien de aquí adelante daremos el nombre con que le había saludado su compatriota; luego pasando la vista por la tarjeta.

— Perducas de Pincornay, 26 de octubre de 1585, á las doce en punto.

— Puerta de San Antonio, — añadió el gascón,

alargando sobre la tarjeta su dedo negro y descarnado.

— ¡Muy bien! En regla. Entre usted, — dijo el señor de Loignac, para cortar el diálogo ulterior entre él y su compatriota. — ¡Ahora usted! — dijo al segundo.

Acercóse el hombre de la coraza.

— ¿El pase de usted? — preguntó Loignac.

— ¡Cómo! señor de Loignac, — exclamó éste, — ¿no reconoce usted el hijo de un amigo suyo de infancia á quien ha hecho saltar usted veinte veces sobre sus rodillas?

— No.

— Pertinaz de Monterabeau, — respondió el joven con asombro, — ¿no le reconoce usted?

— Cuando estoy de servicio, no reconozco á nadie, señor mío, ¿el pase de usted?

El joven de la coraza alargó su tarjeta.

— Pertinaz de Monterabeau, 26 de octubre á las doce en punto, puerta de San Antonio. Pase usted.

El joven pasó, y, un poco aturdido del recibimiento, fué á reunirse á Perducas que aguardaba la apertura de la puerta.

Aproximóse el tercer gascón, que era el de la mujer y los niños.

— ¿El pase de usted? — preguntó Loignac.

Su mano obediente se sumió al punto en un zurrón de piel de cabra que llevaba al lado derecho.

Pero inútilmente: embarazado como estaba por el niño que llevaba en los brazos, no halló el pase que buscaba.

— ¿Qué diablos hace usted con ese niño? ¿no ve usted que le está embarazando?

— Es mi hijo, señor de Loignac.

— Y bien; pose usted ese niño.

El gascón obedeció, y el niño se puso á gritar.

— ¡Ah! ¿Conque es usted casado? — preguntó Loignac.

— Sí, señor oficial.

— ¿Á veinte años?

En nuestro país se casan muy jóvenes, como usted sabe bien, señor de Loignac, pues se ha casado usted á los diez y ocho años.

— Bueno, — pensó Loignac, — aquí tenemos otro que me conoce.

En este intermedio, se había aproximado la mujer y los niños la habían seguido colgados de su falda.

— ¿Y por qué no había de estar casado? — preguntó cuadrándose y separando de su tostada frente los cabellos negros que el polvo del camino le había pegado á ella como una pasta, — ¿no es ya de moda en París el casarse? Sí, señor, está casado, y aquí tiene usted dos niños que le llaman padre.

— Sí, pero que no son sino hijos de mi mujer, señor de Loignac, como tampoco ese muchacho que está allí detrás; adelántate, Militar, y saluda al señor de Loignac nuestro compatriota.

Un muchacho de diez y seis á diez y siete años, vigoroso, ágil y parecido á un halcón en sus ojos redondos y su nariz corva, se acercó, con ambas manos metidas en su cinturón de búfalo. Estaba vestido de una buena casaca de lara de punto; en sus musculosas piernas llevaba unas polainas de gamuza, y un bigote naciente sombreaba su labio á la vez insolente y sensual.

— Es Militar, mi hijastro, señor de Loignac, el hijo de mi mujer, que es una Chavantrade, pariente de los Loignac Militar de Chavantrade, para servir á usted. Saluda, Militar.

Luego, bajándose hacia el niño que se revolcaba por el suelo:

— Calla, Escipión, calla, querido, — añadió, buscando al mismo tiempo su pase en todos sus bolsillos.

Durante este tiempo, Militar, obedeciendo al mandato de su padre, se inclinaba ligeramente y sin sacar las manos de su cinturón.

— ¡ Por el amor de Dios, señor, el pase ! — exclamó Loignac incomodado.

— Ven aquí y ayúdame, Lardilla, — dijo á su mujer el gascón poniéndose muy encarnado.

Lardilla soltó sucesivamente las dos manos agarradas á su vestido, y registró ella misma el zurrón y los bolsillos de su marido.

— ¡ Bien ! preciso es que lo hayamos perdido ! — dijo.

— Entonces, os mando arrestar, — dijo Loignac. El gascón se puso pálido.

— Yo me llamo Eustaquio de Miradoux, — dijo, y me acogeré á la protección de mi pariente el señor de Santa Maline.

— ¡ Ah ! ¿ Es usted pariente de Santa Maline ?

— dijo Loignac un poco calmado. — Verdad es que si uno los escucha, son parientes de todo el mundo. Y bien, busque usted más ; sobre todo busque usted con fruto.

— Mira, Lardilla, mira entre la ropa de tus hijos, — dijo Eustaquio temblando de despecho é inquietud.

Lardilla se arrodilló delante de un pequeño paquete de modestos efectos, que revolvió murmurando.

El niño Escipión seguía desgañitándose ; verdad es que sus hermanos uterinos, viendo que no se ocupaban de ellos, se divertían en echarle tierra en la boca.

Militar no se movía ; se hubiera dicho que las miserias de la familia pasaban por encima y por debajo de aquel muchacho sin tocarle.

— ¡ Eh ! — dijo de repente el señor de Loignac, — ¡ qué es lo que veo allí sobre la manga de ese bodoque, en una cubierta de papel ?

— ¡ Sí, sí, eso es ! — exclamó Eustaquio triunfalmente. — Es una idea de Lardilla, ahora me acuerdo ; ha cosido el pase sobre Militar.

— Para que trajese alguna cosa, — añadió irónicamente de Loignac, — ¡ vaya enhoramala el gran asno ! que ni siquiera tiene los brazos sueltos, por miedo á llevarlos.

Los labios de Militar se pusieron blancos de

cólera, mientras que su cara se teñía de encarnado en la nariz, la barba y las cejas.

— Un asno no tiene brazos, — dijo entre dientes y con ojos malignos, — tiene patas como ciertas personas que yo conozco.

— ¡ Silencio ! — dijo Eustaquio; — bien ves, Militar, que el señor de Loignac nos hace el honor de chancearse con nosotros.

— No, por cierto, yo no me chanceo, — repitió Loignac, — al contrario, quiero que este gran tuno tome mis palabras como las digo. Si fuese mi hijastro, le haría cargar con la madre, y con los hermanos, y, ¡ rayo ! montaría yo encima de todo, á más de estirarle las orejas para probarle que no es más que un asno.

Militar perdió todo miramiento; Eustaquio pareció inquieto, pero á través de aquella inquietud, se percibía no sé qué gozo en aquella humillación hecha á su hijastro.

Lardilla, para cortar toda dificultad y librar á su primogénito de los sarcasmos del señor Loignac, presentó al oficial la tarjeta desembarazada de su cubierta de papel.

El señor de Loignac la tomó y leyó :

— Eustaquio de Miradoux, 26 de octubre, á las doce en punto, puerta de San Antonio.

— Vaya usted, pues, y vea si no olvida á alguno de sus chiquillos, hermosos ó feos.

Eustaquio de Miradoux volvió á tomar en sus brazos al niño Escipión; Lardilla se agarró de nuevo á su cinturón; los dos niños se agarraron al vestido de su madre, y aquel racimo de familia, seguido del silencioso Militar, fué á reunirse á los que esperaban después de sufrido el examen.

— ¡ Valiente peste de soldados tendrá en escs el señor de Eperón ! — murmuró Loignac entre dientes viendo á Eustaquio de Miradoux y á su familia hacer su evolución.

Luego volviéndose :

— Vamos, ¡ usted ! — dijo.

Estas palabras se dirigían al cuarto postulante.

Estaba solo y muy tieso, uniendo el dedo pulgar y el del medio para dar papirotazos á su ropilla gris de hierro y sacudir el polvo; y su bigote, que parecía de pelo de gato, sus ojos verdes y muy vivos, sus cejas cuya arcada formaba un semicírculo saliente encima de dos abultados juanetes, sus labios delgados, en fin, imprimían á su fisonomía ese tipo

de desconfianza y de parsimoniosa reserva por el que se reconoce al hombre que oculta el fondo de su bolsillo tan bien como el de su corazón.

— Chalabre, 26 de octubre, á las doce en punto, puerta de San Antonio. Está bien, ¡ vaya usted ! — dijo Loignac.

— Supongo que se abonarán los gastos de viaje, hizo observar melifluamente el gascón.

— Yo no soy tesorero, — respondió con sequedad Loignac ; — no soy aún más que un portero ; pase usted.

Chalabre pasó.

Detrás de Chalabre venía un caballero joven y rubio, que, al sacar su pase, dejó caer de su bolsillo un dado y varios naipes.

Declaró llamarse San-Capautel, y confirmada su declaración por su pase que se halló estar en regla, siguió á Chalabre.

Faltaba el sexto, quien, á la invitación del paje improvisado, se había apeado del caballo, y exhibió al señor de Loignac una tarjeta en que se leía.

Ernauton de Carmainges, 26 de octubre, á las doce en punto, puerta de San Antonio.

Mientras el señor de Loignac leía, el paje, apeado

también, se ocupaba en ocultar su cabeza haciéndose que arreglaba la barbada, perfectamente atada, del caballo de su supuesto amo.

— ¡ Ese paje es de usted ? — preguntó Loignac á Ernauton señalando con el dedo al joven.

— Ya ve usted, señor capitán, — dijo Ernauton que no quería mentir ni descubrir al joven, — que está arreglando la brida de mi caballo.

— Pase usted, — dijo Loignac examinando con atención al señor de Carmainges, cuya figura y continente parecía le agradaban más que los de todos los otros.

— Hé ahí uno á lo menos pasadero, — murmuró.

Ernauton volvió á montar á caballo ; el paje, sin afectación, pero sin lentitud, le había precedido, y ya se hallaba mezclado con el grupo de los precedentes.

— Abrid la puerta, — dijo Loignac, — y dejad pasar seis personas y los que las acompañan.

— ¡ Vamos, pronto, pronto, amo mío ! — dijo el paje. — ¡ Á caballo y partamos !

Ernauton cedió de nuevo al ascendiente que sobre él ejercía aquella extraña criatura, y habiéndose

abierto la puerta, metió espuelas á su caballo y se sumió, guiado por las indicaciones del paje, hasta el centro del arrabal de San Antonio.

Loignac mandó cerrar la puerta así que pasaron los seis elegidos, con gran desagrado del gentío, que, llenada aquella formalidad, creía que iba á pasar á su vez, y que, viendo frustradas sus esperanzas, manifestó estrepitosamente su desaprobación.

Maese Mitón, que después de una desenfrenada corrida á través de los campos, se había reanimado poco á poco, y que sondeando el terreno á cada paso, había acabado por volver al punto de su partida, aventuró algunas quejas sobre el modo arbitrario con que la soldadesca interceptaba las comunicaciones.

El compadre Friard, que había logrado hallar á su mujer, y que, protegido por ella, parecía no temer ya nada, contaba á su cara mitad las noticias del día, enriquecidas con comentarios de su cosecha.

En fin, los de á caballo, uno de los cuales había sido nombrado Mayneville por el joven paje, celebraban consejo para saber si debían seguir alrede-

dor de la muralla, esperando con bastante fundamento hallar en ella alguna brecha, y entrar por ella en París, sin necesidad de aguardar más largo tiempo á la puerta de San Antonio ni á ninguna otra.

Roberto Briquet, como un filósofo que analiza, y como un sabio que extrae la quinta esencia, se imaginó que todo el desenlace de la escena que acabamos de referir, iba á tener lugar cerca de la puerta, y que las conversaciones de los jinetes, de los ciudadanos y los paisanos, no podrían hacerle saber nada.

Acercóse, pues, lo más que pudo á una pequeña barraca que servía de cuarto al portero, y á la que daban luz dos ventanas, la una del lado de París, y la otra del lado del campo. Apenas se había instalado en aquel nuevo puesto, cuando un hombre corriendo del interior de París á gran galope de su caballo, se apeó, y extrando en la barrera se asomó á la ventana.

— ¡ Ah, ah ! — dijo Loignac.

— Aquí me tiene usted señor de Loignac, — dijo aquel hombre.

— Bien, ¿ de dónde viene usted ?

— De la puerta de San Víctor.

— ¿ La factura ?

— Cinco.

— ¿ Los cinco pases ?

— Aquí están.

Loignac tomó los pases, los confrontó y escribió sobre una pizarra que parecía preparada al efecto, el guarismo 5.

El mensajero partió.

No habían transecurrido cinco minutos cuando llegaron otros dos mensajeros.

Loignac les interrogó sucesivamente, y siempre á través de su postiguillo.

El uno venía de la puerta Bourdelle y traía el guarismo 4.

El otro de la puerta del Templo, y anunciaba el guarismo 6.

Loignac escribió con cuidado estos guarismos en su pizarra.

Los dos mensajeros desaparecieron como el primero y fueron sucesivamente reemplazados por otros cuatro que llegaban :

El primero de la puerta de San Dionisio, con el guarismo 5.

El segundo de la Puerta de Santiago, con el guarismo 3.

El tercero de la puerta de San Honorato, con el guarismo 8.

El cuarto de la puerta de Montmartre, con el guarismo 4.

En fin, se presentó otro, que venía de la puerta Bussy, y traía el guarismo 4.

Entonces, Loignac ordenó con atención, y muy bajito, los lugares y los guarismos siguientes :

Puerta de San Víctor	5.
Puerta de Bourdelle	4.
Puerta del Templo.	6.
Puerta de San Dionisio	5.
Puerta de Santiago	3.
Puerta de San Honorato	8.
Puerta de Montmartre	4.
Puerta Bussy	4.
En fin, Puerta de San Antonio	6.
Total, cuarenta y cinco	45.

— Está bien.

— Ahora, — gritó Loignac con voz fuerte, — abrid las puertas, y que entre el que quiera.

Se abrieron las puertas; y al momento, caballos, burros, mujeres, niños, carros, corrieron á París á riesgo de ahogarse todos en la estrechez de los dos pilares del puente levadizo.

En un cuarto de hora pasó, por aquella vasta arteria que llamaban la calle de San Antonio, toda aquella oleada popular que desde la mañana estaba detenida alrededor de aquel dique momentáneo.

El ruido fué desapareciendo poco á poco.

El señor de Loignac montó á caballo con su gente.

Roberto Briquet, que se había quedado el último después de haber sido el primero, pasó flemáticamente la cadena del puente, diciendo:

Todas esas gentes querían ver alguna cosa, y nada han visto, ni aun de sus mismos negocios. Yo que no quería ver nada, soy el único que he visto algo. Es curioso, continuemos; pero, ¿á qué continuar? Bastante sé ya. ¿Me será muy ventajoso el ver descuartizar al señor de Salcedo? ¡No por cierto! Además, he renunciado ya á la política.

Vamos á comer; el sol señalaría las doce, si hiciese sol, ya es tiempo.

Dijo, y entró en París con su tranquila y maliciosa sonrisa.

IV.

El palco de S. M. Enrique III, en la plaza de Greve.

Ahora, si siguiésemos hasta la plaza de Greve, á donde va á dar esa vía populosa del barrio de San Antonio, hallaríamos entre el gentío á muchos de nuestros conocidos; pero, mientras que todos esos pobres ciudadanos, menos cuerdos que Roberto Briquet, corren allá, unos tras otros, atropellándose y dándose de codazos, nosotros, gracias al privilegio que nos dan nuestras alas de historiadores, preferimos transportarnos á la misma plaza,